

genista con la concepción de los motivos incaicos en el modernismo que acentuó la inhumillabilidad y el orgullo de los Incas. Por contraste, los indigenistas-2 intentan “sustituir lo incaico por lo indígena en la topografía de la cultura dominante criolla”.

Mirko Lauer ha aportado al debate sobre el indigenismo un punto de vista claro, consecuente, polémico, destruyendo los “mitos” del movimiento, sin negar sus valores.

Anna Housková
Universidad Carolina, Praga

Edgar O'Hara (ed.) *Las cartas de José María Arguedas a Pedro Lastra*. Santiago de Chile: LOM, 1997.

La amistad entre Pedro Lastra y José María Arguedas se inicia en 1962, en ocasión del Encuentro Latinoamericano de Escritores organizado en Chile por la Universidad de Concepción. En el cruce de viajes, libros y correspondencia, comienza allí un diálogo que se continua hasta 1969, año del suicidio del novelista peruano. *Las cartas de José María Arguedas a Pedro Lastra* que cuidadosamente edita Edgar O'Hara constituyen no sólo un “testimonio de la historia de esa amistad” —como las cataloga el propio Lastra—, sino también un importante documento de referencia para la crítica arguediana.

Lugar privado de la confidencia, del encuentro, pero también de la máscara, laboratorio de ideas y banco de prueba de propuestas estéticas, la carta es, sin duda, un género privilegiado de la historia de la literatura. El género ocupa también un lugar destacado en la obra de Arguedas. Estas cartas a Pedro Lastra se suman a su ya editada correspondencia con Manuel Moreno Jimeno, publicada en 1993 por Roland Forgues, y al epistolario con John Murra y la Dra. Lola Hoffmann aparecido en 1996. Salvando las especificidades del caso, sorprende al

lector de esta correspondencia constatar la continuidad de una voz atormentada y la presencia acuñante de un sujeto apenado, sospechosamente próximo en Arguedas al sujeto biográfico. Más allá de fáciles identificaciones, es importante destacar, como señala muy bien Edgar O'Hara en el apéndice-ensayo que acompaña esta edición, que ese “sujeto torturado” constituye uno de los “personajes” de la escritura arguediana. Leer la correspondencia de Arguedas, insinúa O'Hara, sería leer la genealogía de esa voz y del sujeto que la enuncia. En todo caso, un discurso de la “orfandad” que se despliega y dimensiona en la otra escena constituye en el imaginario del escritor su prosa novelística.

La intensa amistad entre Arguedas y Lastra contrasta con la “ausencia” de este último en el espacio crítico arguediano; una falta que Lastra achaca a su incapacidad para expresar en el discurso académico lo que le sugiere la lectura de una obra necesariamente ligada en él a los afectos de una relación fraternal. Sin llenar ese vacío, la edición de estas cartas, completa y espejea “Las imágenes de José María Arguedas” evocadas por Lastra en 1992. Sin la estridencia propia del epistolario de Murra o los sorprendentes (por no decir impúdicos) “documentos clínicos” que son las cartas a la psiquiatra que fue la Dra. Hoffman, la correspondencia a Lastra reafirma el radical desamparo desde el que se enuncia y también, hay que decirlo, se instala la escritura de Arguedas. Los temas, como recuerda Edgar O'Hara, se repiten: “parálisis creativa, la persecución de las mujeres, la poca preparación académica, la persistente infelicidad”. A modo de letanía, la queja que soporta esta “letra en sufrimiento” deja leer en su exceso, y por su revés, una política y una economía de la amistad; el exasperado cariño de una relación fraternal que actúa en Arguedas como caja de resonancia de una desolación esencial. O dicho de otra forma: ese personaje-fantasma, acosado por lo que el propio escritor llama “el exceso de sufrimiento” tie-

ne siempre en sus cartas una doble lectura: el (des)amparo es en Arguedas condición de (im)posibilidad de su escritura.

Chile, se sabe, ocupó un lugar destacado en la geografía afectiva de José María Arguedas; en Santiago el escritor conoce y trata a la Dra. Hoffman, y es allí también donde se funda en 1963 el vínculo con la que será su segunda mujer, Sybilla Arredondo. Paralela a estas relaciones, pero sin cruzarlas, la correspondencia de Lastra hace evidente, no sólo el carácter de "refugio" que tiene Chile en el "espacio interior" del escritor, sino también la exagerada puesta en escena que acompaña en Arguedas la expresión de sus afectos. Sobre el telón de fondo que sostiene el tono de estas cartas, las figuras se definen mejor en el contraste: la voz ausente de ese "extranjero absoluto", de ese "verdadero enemigo del más mínimo énfasis" que es Lastra (las imágenes son de Enrique Lihn) se dimensiona en negativo en el discurrir de una escritura epistolar que, en palabras del propio Arguedas, adquiere por momentos el estatuto de un "desahogo".

La correspondencia a Lastra nos habla también de las relaciones de Arguedas con el mercado editorial del libro latinoamericano. No podía ser de otra forma; son los años del *Boom*, de Carlos Barral y Carmen Balcells, pero tampoco hay que olvidar el papel de Pedro Lastra como asesor literario de la Editorial Universitaria de Chile donde se publicaron, entre 1967 y 1969 los libros de José María Arguedas: *Los ríos profundos*, *Yawar Fiesta* y *El sueño del pongo*. Más allá del mito del "escritor provincial", elaborado por el propio Arguedas en histórica polémica con Julio Cortázar, las cartas a Lastra dibujan la imagen de un escritor plenamente consciente de las demandas del mundo editorial; una figura "profesionalmente" insertada en un mercado que reconoce nombres de relieve internacional como Gallimard, Barral o Kiepenheuer & Witsch (la editorial alemana que edita en 1965 *Los ríos profundos*).

Para concluir, *Las cartas de José María Arguedas a Pedro Lastra* es un libro importante para los estudiosos de la obra del escritor peruano, y una de referencia para todos aquellos interesados en los avatares de la literatura latinoamericana durante la década de los sesenta.

Juan M. Medrano-Pizarro
Dartmouth College

Fernández Cozman, Camilo. *Las huellas del aura. La poética de J. E. Eielson*. Lima-Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.

El profesor Camilo Fernández Cozman es un acucioso analista de la poesía peruana contemporánea, que ya nos ha brindado un valioso estudio en este campo, *Las insulas extrañas de Emilio Adolfo Westphalen* (Lima: Naylamp Editores, 1990). En el libro que nos toca comentar aborda la obra de uno de los poetas más importantes de la literatura peruana, destacado integrante de la llamada generación del 50, Jorge Eduardo Eielson. El libro tiene como objeto de estudio la poética de Eielson, en particular tal como se plasma en uno de los poemarios fundamentales del autor, *Habitación en Roma* (escrito entre 1951 y 1954). Fernández Cozman distingue tres periodos en la obra poética de Eielson: el neosimbolista, el neovanguardista y el posvanguardista. Al neovanguardista pertenece *Habitación en Roma*.

En el primer capítulo del libro se realiza un balance de la crítica sobre Eielson. En una primera etapa, de 1947 a 1976, aparecen enfoques parciales, en general bastante superficiales. En la segunda etapa, de 1976 a 1985, surge un primer enfoque globalizante (el de Ricardo Silva Santisteban) y diversos análisis de corte fundamentalmente temático. En la tercera, de 1985 en adelante, se propone una segunda visión globalizante (a cargo de Ro-